



## DOMINGO 1: I Cuaresma. Mt 4, 1-11. «No tentarás al Señor tu Dios»

Tentar etimológicamente significa intentar, experimentar, poner a prueba, con un fin determinado. ¿Quién es el autor de estos experimentos o intentos? La Palabra de Dios nos lo dice claramente: «Y llegándose a él el tentador, dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan» Mt 4, 3. Es el demonio quien busca o intenta algo con Jesús y con nosotros. Así que «Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de Dios, porque Dios no puede ser tentado por los malos, ni él tienta a nadie». St 1, 13

Lo que intenta no es nada bueno, aunque lo haga con “aparentes nobles motivos”, tales como que Jesús demuestre su poder y su gloria de Hijo de Dios y lo que es más, que quede de manifiesto que su Padre verdaderamente lo ama: «*Si eres el Hijo de Dios, tírate abajo. Porque escrito está: ‘Ordenará que sus ángeles te sostengan en sus manos, para que no tropieces con piedra alguna’*» Mt 4, 6.

La meta de todos los intentos del tentador es sembrar en el hombre la semilla de la duda sobre la bondad y la fidelidad del Padre. Básicamente afectada la confianza en el Amor Paterno, puede proceder al resto de sus trampas con el fin de lograr la separación definitiva de la creatura con su Creador, con su prójimo y con todo lo creado.

Es interesante reflexionar juntos sobre sus métodos. No son creativos, ni originales; el artificio que usó con Eva es el mismo que usa hoy variando un poco el color. Lo fundamental para sus fines era que Eva perdiera su confianza en Dios: «*le preguntó a la mujer: ‘¿Es verdad que Dios les dijo que no comieran de ningún árbol del jardín?’*» Gen 3. Lo que equivale a presentarle un dios que los pone en una mesa llena de manjares que no pueden tocar. Un dios incoherente y egoísta o ¿sádico tal vez? ¿No es eso lo que muchos hoy piensan de Él? Si leemos bien veremos que jamás Dios le hizo tal prohibición. Muy por el contrario: «*De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás*» Gen 2, 16-17. La prohibición era sobre un solo árbol y por motivos gravísimos: la vida de su creatura.

Aquí se pone de relieve que el tentador es el rey de la distorsión, se acerca de entrada con elementos de la verdad: ‘comer, árbol’, pero usados para afirmar una real mentira. Cualquier parecido con la realidad actual no es pura casualidad.

La astucia del enemigo envolvió a la mujer que nunca debió haber entrado en diálogo con un extraño que venía con un discurso diferente al de su Padre. Una vez que le hace pisar el palito, inculca la segunda dosis de veneno: «*La serpiente le dijo a la mujer: ‘¡No es cierto, no van a morir! Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios, conocedores del bien y del mal*». Esto y decir ‘Dios les está mintiendo porque



no quiere la gloria para ustedes sino solo para él, es lo mismo. O sea, 'Dios es mentiroso y no quiere compartir lo suyo con ustedes, por tanto, no es bueno ni amoroso, más aún ¿para que los creó? Esta es la píldora que desde el principio nos hizo tragar, para de allí pasar a la conclusión mortal: 'sos huérfano, estas solo, buscate tu propia gloria, ya no creas en nadie más que en vos mismo'. El resultado final: un ser humano replegado sobre sí, solo y por ende muerto en vida.

De esta manera cuando Dios sale a nuestro encuentro para buscarnos, sistemáticamente usamos el mismo mecanismo de la serpiente de poner a prueba la Bondad del Padre: *«Sus padres me tentaron, me probaron, aunque habían visto mi obra» Sal 95,9.*

Es la historia del pueblo en desierto hasta nuestros días: *«tentaron al SEÑOR, diciendo: ¿Está el SEÑOR entre nosotros o no?» Ex 17,7 «en sus corazones tentaron a Dios, pidiendo comida a su gusto» Sal 78,18.* Si Dios no responde a nuestros caprichos, a nuestros deseos arbitrarios, a lo que creemos es mejor para nosotros o para otros, entonces no es bueno, nos abandonó, no existe, o lo que sea que inventemos para dar razón de lo que ignoramos.

El colmo de la locura humana fue manifestado al pie de la cruz: *«La gente que pasaba por allí gritaba insultos y movía la cabeza en forma burlona: 'Dijiste que ibas a destruir el templo y a reconstruirlo en tres días. Muy bien, si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y bájate de la cruz'. De la misma manera, los sumos sacerdotes, junto con los escribas y los ancianos, se burlaban, diciendo: '¡Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo! Es rey de Israel: que baje ahora de la cruz y creeremos en él». Mt 27, 39-42*

Esta es la tentación más atrevida con la que pusimos y ponemos todavía hoy a prueba el Amor divino, siendo los instrumentos digitados por la mano enemiga. La cruz y el sufrimiento nos escandalizan y culpamos a Dios, siendo que el autor de todo sufrimiento y muerte es la serpiente.

Era necesario que Dios se encarnara para desenmascarar el engaño que nos hizo creer el padre de la mentira. Jesús nos enseñó con su sangre a desenterrar la Verdad del Amor del Padre por nosotros. Vino para enseñarnos a desandar el camino mal hecho por la humanidad errante. *«El mismo fue tentado por medio del sufrimiento, y es poderoso para socorrer a los que son tentados». Heb 2, 18*

Él nos dio las armas para resistir la mentira. En el desierto no entra en dialogo con el demonio, se limita a repetir lo que fue dicho por Dios y ni una silaba más. El remate fue: *«También está escrito: 'NO TENTARAS AL SEÑOR TU DIOS'... 'Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él'». Mt 4, 7...10.*

Está en nuestras manos aprovechar su enseñanza o seguir siendo presa fácil del enemigo, que tiene suficiente astucia como para engañarnos, disfrazado de los más altos valores y metas.

Jesús nos previene: *«Oren para que no entren en tentación» Mt 26, 41.* No volvamos a cometer el mismo error de siempre. El Padre nos ama y nos dio el antídoto contra el veneno: la confianza absoluta en Él y no escuchar a nadie más que a Él.

*«Bienaventurado el hombre que resiste la tentación; porque cuando fuere aprobado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a que le aman».* St 1, 12